

idea de su infalibilidad como la de su secta; pero muy pocas que lo exprese tan ingenuamente como una señora francesa que en una disputa con su hermana le decia: *Hermana mia, no sé en qué consiste, pero solo yo soy la que siempre tiene razon.*¹ »

»En el caso en que estoy acepto esta Constitucion con todos sus defectos, si los tiene, porque creo que tenemos necesidad de un gobierno general y que no hay forma de gobierno que no sea una bendicion para el pueblo, si está bien administrado. Además, creo que nuestro gobierno estará bien administrado por una série de años, y que no podrá terminar por el despotismo (como han terminado otros gobiernos antes que él) en tanto que el pueblo no se corrompa y necesite un gobierno despótico porque no sea capaz de soportar otro.»

»Además, dudo que con cualquiera otra Convencion consiguiéramos hacer una Constitucion mejor. Porque cuando se reúne cierto número de hombres para aprovechar el conjunto de su sabiduría, con ellos se reúnen inevitablemente todas sus preocupaciones, sus pasiones, sus ideas erróneas, sus intereses locales y su egoismo, y de una Asamblea formada así no se puede esperar una obra perfecta. Lo que, por el contrario, me admira es el ver que nuestra obra se aproxime tanto á la perfeccion y creo que aun admirará más á nuestros enemigos, que esperan confiados la noticia de que nuestras Asambleas han caido en la confusion como los constructores de la torre de Babel y creemos que nuestros Estados están á punto de separarse para no volverse á reunir sino en la pelea.

»Acepto, pues, esta Constitucion porque no espero otra mejor, ni estoy seguro de que no sea la mejor que puede hacerse. Sacrifico al bien público la opinion que he tenido de sus defectos. Jamás he murmurado una palabra fuera de este recinto. Aquí han nacido mis dudas y aquí deben morir.

»Si al volver al seno de nuestros mandatarios cada cual llevase allí sus objeciones y procurase hacerse partidarios, la Constitucion no sería generalmente aceptada y perderíamos los saludables efectos y las grandes ventajas que la unanimidad real ó aparente puede proporcionarnos, tanto en el exterior como entre nosotros. La fuerza y la eficacia de un gobierno para procurar ó asegurar la felicidad de un pueblo depende de la opinion que en general se forma de él, no menos que del talento y la integridad de los que gobiernan.

¹ Franklin tomó esta anécdota de las memorias de Mme. de Stael (Mlle. de Lannay).

»Espero, pues, que en nuestro propio interés, como miembros de la nacion y en interés de la posteridad, procederemos cordialmente y con unanimidad para recomendar esta Constitucion en todas partes donde tenemos influencia, dirigiendo en adelante nuestros pensamientos y nuestros esfuerzos á buscar los medios de que esta Constitucion sea bien administrada.

»En resúmen, no puedo menos de manifestar mi deseo de que si en la Convencion hay alguno de sus miembros que tenga objeciones que hacer á la Constitucion se digne hacer como yo, y dudando un poco de su propia infalibilidad en esta ocasion, firme el acta para manifestar nuestra unanimidad.»

La proposicion de Franklin no se adoptó. Hubo tres personas: Randolph, Mason y Elbridge Gerry que no firmaron la Constitucion. El primero por una dificultad de situacion, pues sostuvo la Constitucion en la Convencion de Virginia; los otros dos por odio á un gobierno *consolidado*, ó como si dijéramos, *centralizado*. Sin embargo, puede decirse que la influencia de Franklin fué buena, y que, gracias á él, la mayoría fué tal vez mayor.

En cuanto á él, tuvo una palabra digna de Sócrates. Estaba mirando al sitio que ocupaba Washington. Detrás del sillón del presidente habia un cuadro bastante mediano que representaba el sol, y Franklin, señalándosele con el dedo á los que le rodeaban les dijo: «Los pintores declaran que en su arte es muy difícil distinguir la salida y la postura del sol. En el curso de esta sesion, en nuestras alternativas de temores y esperanzas he mirado ese lienzo muchas veces sin poder distinguir si salia ó se ponía; pero ahora ya tengo la dicha de ver que no es un sol que se pone, sino que sale.» Y en efecto, era que el sol de la libertad se levantaba para el Norte América y para el mundo entero.

Cuando se sometió la Constitucion á los sufragios del pueblo, Franklin estaba moribundo y no podia salir de su casa ni formar parte de la Convencion de Estado; pero podia aun escribir, y sabido es que sus últimos escritos no son los menos notables. Hay particularmente un folleto contra la esclavitud que es una de las cosas más ingeniosas que ha hecho, y es imposible combatir esta abominable institucion con argumentos más punzantes.

El escrito que Franklin publicó en Favor de la Constitucion es una parábola intitulada: *Comparacion de la conducta de los antiguos judíos con la de los antifederalistas de los Estados Unidos.*

«Un abogado celoso de la Constitucion federal ha dicho en cierta asamblea pública «que la repugnancia de la mayoría de los hombres por una buena Constitucion es tan grande, que si un ángel del cielo nos trajese una Constitucion hecha en el cielo y á propósito para nosotros, esta Constitucion encontraria la misma violenta oposicion.»

»Cuando se le reprochó la extravagancia de su opinion no se justificó, pero fué probablemente porque no le vino á la memoria que la experiencia se habia ya hecho, y está referida en la más fiel de todas las historias, en la *Santa Biblia*; á recordarlo me parece que hubiera podido sostener su opinion con esta incontestable autoridad.

»El Sér Supremo tuvo gusto en elevar á una familia, la que al fin llegó á ser un gran pueblo. Despues de haber sacado á este pueblo de la esclavitud por medio de más de un milagro realizado por Moisés, su siervo, dió Dios á su escogido, y en presencia de su nacion, una Constitucion y un código de leyes que el pueblo debia observar. Este código tenia por acompañamiento y por sancion la promesa de grandes recompensas y la amenaza de severos castigos como consecuencia de la obediencia ó desobediencia.

»Esta Constitucion, aunque presidida por la Divinidad (y por eso los escritores públicos la llaman *Teocrática*), no podia ponerse en ejecucion sino por medio de los ministros de Dios, y por esta razon Aaron, sus hijos y Moisés fueron instituidos como *el primer ministerio del nuevo gobierno*.

»Cualquiera creeria que un pueblo reconocido veria con placer el nombramiento de hombres que se habian dado á conocer procurando la libertad de la nacion, y que habian espuesto su vida oponiéndose abiertamente á la voluntad de un poderoso monarca que queria retener al pueblo en la esclavitud. Cualquiera pensaria que una Constitucion hecha para ellos por la Divinidad misma seria universalmente bien recibida.

»Pero habia en cada una de las *trece* tribus algunos descontentos é inquietos que continuamente excitaban al pueblo á rechazar el gobierno nuevo y esto por diferentes motivos.

»Algunos conservaban aun afecto por Egipto, país de su nacimiento, y siempre que sentian algunos inconvenientes, algunas dificultades, *efecto natural* é inevitable de un cambio de *situacion*, reclamaban contra sus jefes, como si fueran los autores del mal y no solamente querian volver á Egipto, sino apedrear á los que le habian librado de la esclavitud.

»Los que se inclinaban á la idolatría no estaban satisfechos con que se destruyera el *Becerro de Oro*. Muchos jefes pensaban que la nueva Constitucion seria perjudicial á su particular interés y que las *plazas buenas serian arrebatadas por la familia y los amigos de Moisés y de Aaron*.

»José y el Talmud nos han dejado ciertos detalles que no están en la Escritura, y nos dicen que Corah ambicioso de la dignidad sacerdotal y resentido de ver que se conferia á Aaron, se quejó de que Moisés hubiese hecho este nombramiento *sin el consentimiento del pueblo*. Acusó á Moisés de haber obtenido el gobierno *artificiosamente y por medio del fraude, privado al pueblo de sus libertades* y conspirado con Aaron para *perpetuar la tiranía en su familia*. Y por más que el verdadero motivo de Corah fuese suplantarlo á Aaron, persuadió al pueblo de que solo deseaba el bien público.

»Entonces el pueblo, alterado por sus insinuaciones, comenzó á gritar y acusó á Moisés de ambicion y de *peculado*. No habia pruebas del peculado, pero á pesar de que lo desmentian *los hechos*, que cuando son ciertos se pueden probar, aquellas acusaciones se hacen escuchar siempre por el populacho, porque nada es más fácilmente aceptado por los pícaros que una acusacion de picardía.

»Por fin, doscientos cincuenta de los principales, *famosos en las tribus*, hombres de renombre, se pusieron al frente de la muchedumbre, á quien escitaban conduciéndola á tal grado de frenesí que gritaba: «¡Apedrearlos, apedrearlos, y así aseguraremos nuestras libertades!»

»De todo esto resulta que los israelitas eran un pueblo muy celoso de su libertad nuevamente conquistada, cuyo celo en sí mismo no es un defecto; pero dejándose llevar por hombres artificiosos que hablan de *interés público y no piensan sino en el suyo propio*, el pueblo de Israel atrajo sobre sí grandes desgracias.

»La misma inestimable historia nos enseña tambien que despues de una série de siglos cuando esta constitucion se hizo vieja y corrompida y se trató de corregirla, el mismo populacho, cuyos antepasados habian acusado á Moisés de querer reinar gritando: «Apedreadle, apedreadle;» aquel populacho, excitado por el gran Pontífice y por los Escribas, acusó al Mesías de querer hacerse rey de los Judíos y gritó: «Crucifícale, crucifícale.»

»De aquí se puede concluir que la oposicion de la muchedumbre á una medida pública no siempre prueba que la medida sea mala,

sino más bien que la oposicion se ha excitado y dirigido *por hombres de distincion*.

»De todo cuanto violentamente y sin razon á la Constitucion se opone, no entiendo que se pueda concluir que nuestra Convencion general haya sido divinamente inspirada. Pero confieso que tengo tanta fé en el gobierno general del mundo por la Providencia, que no puedo figurarme que un acto tan importante para el bienestar de tantos millones de hombres como existen hoy y como formarán la posteridad de una gran nacion, no puedo figurarme, digo, que este acto haya podido realizarse sin que influya en él, le dirija y guie el Señor Todopoderoso, presente en todas partes y siempre benéfico, en quien viven, obran y existen todos los séres inferiores.

B. F.»

Franklin vivió lo suficiénte para ver en vigor la Constitucion y en una carta que escribia á Washington en 1789, precisamente en los momentos en que empezaba su presidencia, le decia: «En cuanto á mí, por mi propio interés me hubiera valido más morirme hace dos años, que he pasado sufriendo acerbos dolores; pero no siento haberlos vivido porque me han permitido ver nuestra presente situacion. Voy á cumplir ochenta y cuatro años y mi vida toca á su término acá bajo, pero cualquiera que sea mi destino despues de mi muerte, si me queda el recuerdo de lo que ha pasado en la tierra, conservaré el aprecio, el respeto y el cariño con que hace tanto tiempo soy vuestro amigo.»

Y en su testamento lega su baston á Washington.

«Lego, dice, mi baston de manzano silvestre con puño de oro figurando un gorro de la libertad á mi amigo, al amigo del género humano, al general Washington. Si fuera un cetro seria digno de él y estaria bien en su mano.

Hé aquí lo que son los hombres que hicieron la Constitucion norteamericana. ¡Cuán diferentes son bajo este punto de vista de los hombres de la revolucion francesa! En nuestra revolucion solo hallamos partidos que se hacen una guerra encarnizada, hombres que cada uno tiene su sistema, y todos son á cual más despiadados con los que no piensan exactamente como ellos. No hablo de la diferencia que separaba á los Girondinos de los Jacobinos, aunque, á decir verdad, no haya podido nunca explicármela ni ver en qué consiste, ni puedo tomar en sério la acusacion de *federalismo* inventada para hacerlos guillotinar; pero lo que me es completamen-

te imposible es ver lo que políticamente separa á Danton de Robis-pierre; y en sus sangrientos altercados no comprendo otra cosa que furiosos ódios y miserables celos. No son las ideas las que separan á los hombres; son las pasiones de que la Francia ha sido juguete.

En el Norte América sucede lo contrario. La Constitucion no satisface á nadie. Hamilton, que fué el primer autor de la reunion, declara que nadie de la Convencion está menos satisfecho que él. En su opinion la Constitucion es muy democrática; para Franklin era poco; Washington duda que pueda dar buen resultado; Randolph vota en contra; nadie cree en el éxito. ¿Pero se reunen para derribar este vacilante edificio con riesgo de perder el país entregándole á la anarquía? No. Todos ellos son patriotas habituados á los negocios. Su idea es para todos la misma: «Ensayemos la Constitucion. Á fuerza de buena voluntad corregiremos los defectos.»

Gran leccion que nos enseña que no hay Constitucion de la que no se pueda sacar la libertad cuando se pone en práctica por personas que desean el bien público ante todo. Tal es el aspecto bajo que debe verse la revolucion norteamericana, que ha dado al mundo el noble ejemplo de hombres honrados, divididos por las opiniones, pero reunidos por el patriotismo y no teniendo más que un pensamiento, que era asegurar la libertad de su país. ¡Esto es lo que hizo eterna la gloria de hombres como Hamilton, Madison, Franklin, y del primero de todos, Washington!